

Carta de Roma.

La ciudad más allá de la eternidad

Luis Pulido Ritter

1

Nunca había estado en Roma. Pero, en cierta manera, siempre había estado en ella, como había estado siempre en París, en Londres o en otra ciudad europea. A pesar de que nací en Panamá, un país tropical al otro lado del Atlántico, cada ciudad europea que he visitado me ha parecido como parte de mi universo, por su lenguaje y su ritmo. Quizás el único país cuyo lenguaje y ritmo, ha trastocado ese universo ha sido Alemania, con sus verbos al final de las frases, con sus números invertidos y, sobre todo, con su idea paternal de patria y el artículo masculino para la luna. Alemania y, especialmente, Berlín, a diferencia de Roma, París, Londres, ha tenido para mí –permítaseme utilizar este terrible vocablo– algo «exótico» e interesante y, por lo tanto, contradictorio: aceptación y rechazo, comprensión y crítica, odio y amor. Efectivamente, nos podemos enamorar de una ciudad, mientras no vivamos allí, pero sólo podemos amarla mientras vivimos con su ritmo, todos los días como, de alguna manera, lo expresó Robert Musil. El enamoramiento es una fascinación que puede ser pasajera o no, como estuve enamorado de Bogotá, por su clima, por sus montañas, por sus cuidados parques, por la Candelaria, pero amar una ciudad es asimismo odiarla y criticarla. También me he enamorado de Londres, París, Viena, porque sólo las he visitado. Pero, aparte de la ciudad de Panamá, apenas amo dos ciudades: Madrid y Berlín.

En Roma caminé horas enteras enamorado de sus calles, de su gente e, incluso, de su tráfico invivible para los propios romanos. No obstante, con el tráfico romano, aprendí lo que era el sentido común sano en la calle. Uno puede quedarse horas parado en una acera esperando que alguien se detenga, para poder cruzar la calle. Sin embargo, mientras uno no se lance a la calle, para cruzarla, jamás llegará a su destino. Este dato me lo dio una romana. Efectivamente, me lancé a la calle para cruzarla y, con las rodillas temblorosas, constaté que los romanos

—no importa a qué velocidad vengan— desaceleran para permitir que cruces la calle. En cualquier otra ciudad, y especialmente en Berlín, esto sería imposible. Los alemanes son famosos, cuando se habla de tráfico, de ser muy correctos y apegados a la ley. No puedo imaginarme hacer lo mismo en Berlín, porque es posible que me atropellen. En cambio, en Roma, creo que nadie me atropellaría, a pesar de que el conductor, por ley, tenga todo el derecho a seguir su camino.

Caminando por las calles de Roma me di cuenta de que hay pocos restaurantes que no sean italianos, aparte de McDonalds y Bürger King. No es como en otras ciudades europeas donde en cada esquina, hay un turco, un árabe, un chino, un japonés y, precisamente, muchos italianos. La cocina italiana, aun en establecimientos de comida rápida, donde sólo se ofrezcan pizzas, está en cada esquina del mundo, sin importar que trabajen en la cocina libaneses o indios, alemanes o rusos. Pero en Roma la comida no italiana resplandece por su ausencia. Incluso en Madrid, que no tiene tantos inmigrantes como Roma, hay más presencia de comida no española. ¿Es que el romano no tiene curiosidad por otro tipo de recetas, platos, sabores? Ciertamente, cuando se está en Roma, para no decir en Italia, uno descubre que la comida italiana es, para expresarlo con el culturalista cubano Fernando Ortiz, una de las más *transculturadas* que hay.

Precisamente, siguiendo a Ortiz, no debe olvidarse que el espacio mediterráneo es un lugar *transculturado* con influencias de Asia y África. No hay nada que no se encuentre en la comida italiana, en sus innumerables formas de combinar la pasta, el arroz, la papa. Es una cocina tan variada como todos los encuentros del Mediterráneo y, efectivamente, para citar un caso extremo, en Roma uno se da cuenta de lo pobres que son los ingleses con su *Fisch & Ships*. No obstante, a diferencia de Londres y París, Roma sería una ciudad provincial, si no fuera por los turistas que la invaden para recorrer sus museos, sus iglesias y el Vaticano. En Roma, como en Madrid, el turismo da a la ciudad un carácter internacional, un pulso cosmopolita, pero, cuando uno se detiene en las *piazze*, es fácil observar que hay como una estructura de castas raciales, en medio de una ciudad moderna, donde los negros están especializados en la venta de lentes de sol, los tamiles en la venta de camisas y los árabes en la venta de discos compactos. En una esquina, cuelga un afiche de Berlusconi, con su recién estrenado rostro pasado por el mágico bisturí embellecedor, para las elecciones europeas, que afirma que su gobierno tiene éxito por sumar un 20% menos de inmigración clandestina que otros países europeos.

En una de esas caminatas doy con una calle que se llama Panamá, una calle muy transitada, en un sector elegante de la ciudad. Inmediatamente me pregunto por qué esta calle tiene este nombre. Hay otras calles que tienen nombres de las antiguas colonias italianas en África –Libia, Eritrea– pero Panamá nunca ha sido una colonia de Italia. La comunidad italiana llegó a Panamá, con la española y la griega, para la construcción del Canal, bajo la administración americana. La inmigración italiana se ha integrado a Panamá y a nadie se le ocurre no considerarlos panameños sino italianos, a pesar de que tienen sus propias escuelas y les enseñan a sus hijos la lengua de Boccaccio y Dante, Italo Calvino y Erri de Luca. Sus descendientes son considerados panameños, y son panameños, y se han mezclado con la población nativa. Algunos entre ellos, con los años, han destacado en los negocios, en la política, como profesores universitarios y periodistas.

2

Sentado en una pequeña iglesia romana disfruto de la tranquilidad de su recinto. Si no hubiese sido porque una romana me la mostró, no habría dado con esta iglesia que está metida entre otros edificios. En Roma hay iglesias en cada esquina. No hay ciudad que no esté tan marcada por la presencia religiosa –sin mencionar, claro está, a Jerusalén– por tener precisamente el Vaticano. Sin embargo, son mundos paralelos que coexisten, el sagrado y el profano. Escuchando una pieza barroca, dentro de la iglesia, constato qué diferentes son las iglesias españolas de las romanas, porque aquéllas son oscuras, místicas, sobrias. Las iglesias de Roma, son fieles al modelo del panteón romano con su cúpula, por donde entra toda la luz, e, incluso, encontré una que no sigue el modelo interior de contruir el recinto de acuerdo a la cruz, pues es semicircular. Aún la Basílica de San Pedro que, por su grandeza, resulta terriblemente agobiante, es fiel al modelo romano de la cúpula y las ventanas, para que la luz invada todo el espacio de los fieles. El barroquismo romano es tan juguetón y lleno de pinturas, que convierte cada iglesia en una galería de arte.

3

En la Via Veneto, la calle que Fellini hizo famosa en *La dolce vita*, me entretuve observando el veloz ritmo de la gente, tan común de toda

ciudad grande. No pude evitar conectar esa Vía con mis recuerdos de adolescencia. Fue imposible no acordarme de mis primeras experiencias con el cine italiano en los años setenta. Como adolescente curioso de la sexualidad, iba a ver las llamadas películas pornográficas que pasaban en cines destartalados y baratos que quedaban en el panameño parque de Santa Ana. A pesar de que la entrada era prohibida para menores, lograba pasar a la sala de proyección, y, sin saberlo, veía en estos cines pornográficos todas las películas de Fellini y Pasolini, películas que no pasaban en los cines «normales» –donde sólo se proyectaban películas de Hollywood– porque la comisión de control, en los años del torrijismo progresista, las consideraba no aptas para la moral. Ya en la universidad, cuando me había convertido en un asiduo admirador de la literatura y la cultura italianas, me di cuenta de que en mi adolescencia había disfrutado de lo mejor del cine, sentado junto a parejas de enamorados, de solitarios que se masturbaban acurrucados en sus butacas y de *gays* descifrando las señales de encuentros en medio de la oscuridad. En uno de esos cines, que quedaba justo al lado de la iglesia de Santa Ana, podía escuchar los campanazos, que marcaban el paso de las horas y, treinta años después de ver las películas de Fellini, en medio de la Via Veneto, recordé con satisfacción la oportunidad de haber visto esas películas «pornográficas» en aquellos destartalados cines de la ciudad tropical.

4

En el barrio judío hay muy poco que recuerde que allí vivieron alguna vez judíos. En Europa, en fin, los barrios judíos sólo lo son por el nombre. En el espacio geográfico de las ciudades, los barrios judíos, ya sea por la emancipación o la persecución, son una especie de comunidades virtuales que apenas nos recuerda la presencia de estas comunidades en el pasado. Quizá los turcos de Kreuzberg en Berlín, los asiáticos y los africanos en East London, los africanos y los árabes en Belleville y Barbès, nos dan una imagen actual de lo que pudo ser el *ghetto* en su tiempo. Lo interesante es constatar cómo, en nuestras sociedades democráticas, abiertas e ilustradas, la creación de espacios de comunidades dentro de las ciudades implica la fuerza del ideal romántico de nación: para cada pueblo, un espacio determinado con su lengua. No hay autoridad estatal que sancione la creación del *ghetto*, como fue con los judíos, pero, en el lenguaje de los sociólogos, diríase que estos es-

pacios de comunidades son el resultado del «efecto llamada», la pauperización y la falta de integración. Lo cierto es que mientras caminaba por el barrio judío de Roma, un barrio que ha sido renovado y convertido en atracción turística, me acordaba de una visita que había hecho a unos conocidos que debían estar en Roma por un año, contratados por la universidad.

Con desagrado contaban sobre el estado de ilegalidad en la que vivían en un apartamento de tres piezas, aparte del ruido que provenía de las obras en un apartamento vecino. La propietaria del apartamento no les había querido dar un contrato de arrendamiento. Tampoco les había permitido que pusiesen sus nombres en la placa de los telefonillos a la entrada del edificio. Obligados a vivir ilegalmente en ese apartamento, sólo podían encontrar malestar al referirse a la «bella figura» del romano, a la ineficiencia burocrática, a la desorganización del transporte y, peor aún, cosa que no era aceptable en la Europa moderna, al estado tercermundista de la universidad. Roma les parecía una ciudad del Tercer Mundo.

Pero a mí me seguía pareciendo una ciudad más allá de la eternidad, con su Foro, donde los senadores apuñalaron al dictador Julio César, donde la llamada patria ha sido traicionada y sacrificada cientos de veces en aquel monumental Altar de la Patria y donde reposan los restos de Antonio Gramsci, en el Cementerio de no Católicos para Extranjeros, cuya tumba no es olvidada por la eternidad, sino recordada en el presente con flores, al lado de la tumba de Mary Shelley, quien creó a Frankenstein, aquel monstruo solitario y rechazado por su padre: a la modernidad no le gusta necesariamente la ciencia humanizada.



Lápiz, aguadas 50,5 x 66 cm, SF, SF, *Retrato de Emmanuel Boncenne*